

puede dar momentáneamente el poder, pero las armas y sólo las armas lo aseguran. Echaba de ver que los grandes no tenían contra su enemigo Clodio un rencor bastante enérgico y que flaqueaban en lo de la justa indemnización de sus casas destruidas ó saqueadas. «Bien veo, escribía tristemente, bien sé que he sido un necio» (1). Así, en su decaído ánimo el cuidado de sus intereses vino á reemplazar las preocupaciones políticas, y el cónsul á quien el senado y el pueblo habían proclamado *Padre de la patria*, se hizo teniente de Pompeyo y agente de César.

Algún tiempo después de su regreso á Roma, una carestía pasajera hubo de causar un tumulto. Los sediciosos profirieron amenazas de muerte contra el senado y hasta quisieron incendiar la curia para quemar de una vez á todos los senadores. Cicerón se apresuró á pagar á Pompeyo su deuda de gratitud apoyando una moción que lo encargaba por cinco años de la intendencia de los viveres con la vigilancia de los puertos y mercados de todo el imperio. Pompeyo se pagaba de estas funciones extraordinarias que lo ponían por encima del derecho común; sino que hubiera querido añadir á su misión un mando militar, un ejército, una flota, el derecho de hacer sacas del tesoro, autoridad, en fin, sobre todos los gobernadores de provincia; en su pensamiento hasta añadía la conquista de Egipto para hacer de este país el granero de Roma.



Hetaria (Lais) (2)

El senado que guardaba contra él todos sus rencores enardecidos en secreto por Craso y los amigos de César, se negó

á dar el reinado que se le pedía y sólo concedió la intendencia de los viveres.

Todavía era un gran cargo, como quiera que lo hacía «dueño absoluto de la navegación y de la agricultura del mundo entero.» Pompeyo tomó solemnemente quince tenientes, como para un negocio muy difícil, y Cicerón consintió en figurar el primero en esta lista. El orador hubiera aceptado menos todavía, porque en la efusión de su gratitud, olvidaba la posición que sus talentos le habían conquistado. Su gran preocupación en este momento era obtener de los pontífices que declararan nula la consagración hecha

(1) *Scio me asinum germanum fuisse*. Cicerón era pobre al principio; pero á pesar de la ley Cincia, los clientes á quienes defendió le hicieron cuantiosos presentes: uno de ellos, P. Sila, le prestó dos millones de sestercios (400,000 fr.); algunos ciudadanos, según el uso romano, lo inscribieron en sus testamentos y estos legados ascendieron hasta 20 millones de sestercios (*Philipp.* II, 16); su gobierno de Cilicia le reportó 2.200,000 (440,000 frs.). Su mujer Terencia le había aportado en dote 120,000 dracmas (111,000 fr.) y poseía también un bosque cerca de Túsculo. Sabemos que poseía cuatro casas en Roma y lo menos ocho villas de consideración. Para la reconstrucción de su casa en Roma, le concedió el senado dos millones de sestercios; por los daños causados en su quinta de Túsculo, 500,000; por los de su villa, de Formia 250,000 (*ad Att.* IV, 2). Y decía que era bien poco (*valde illiberaliter*). También debió hacer ganar á su dinero. Bruto lo hacía y al 48 por 100. El entusiasta editor de Cicerón, Víctor Leclerc, le supone 18 villas, y cree que puede llegarse hasta 23 contando las casas de paso. Pero hay que decir que, como los grandes artistas, Cicerón era un administrador descuidado.

(2) De una sardónica del gabinete de Francia, n.º 3495. Lais sale del baño y acurrucada va á ponerse la túnica (15 milim. por 11).

por Clodio del solar en que se levantaba su casa. Con el dictamen favorable del colegio, ordenaron los senadores la reconstrucción de su casa de Roma y de su villa de Túsculo. Pero Clodio dispersó á los trabajadores y por poco no mata á Cicerón. Otra vez intentó quemar la casa de Quinto y la de Milón. Acusado por éste de violencias, todavía las continuó al mismo tiempo que pretendía el cargo de edil, y Milón no pudo impedir su elección sino declarando que observaba el cielo. La elección fué solamente aplazada.

Habiendo salido Milón del tribunado y entrado Clodio en sus funciones de edil, lo que suspendía todo procedimiento contra él, acusó á su vez á Milón. Pompeyo lo defendió; pero Clodio amotinó á la multitud al rededor del tribunal é hizo sufrir al pobre abogado las más sangrientas burlas. Es preciso leer esta escena en las cartas de Cicerón para acabar de comprender lo que eran ya en Roma la república y la libertad.

«Pompeyo habló, ó mejor dicho procuró hacerlo, porque desde que se levantó, la turba de Clodio comenzó su gritería y durante todo el discurso no se oyeron más vociferaciones é insultos. Cuando acabó Pompeyo, quiso hablar Clodio á su vez, pero los nuestros lo interrumpieron con tanto ruido, que perdió las ideas y hasta la voz. Por espacio de dos horas llovieron sobre él las injurias y los versos obscenos, y en medio del tumulto gritó Clodio dirigiéndose á su turba: ¿Quién quiere hacer morir de hambre al pueblo? — Pompeyo, contestaron los sicarios. — ¿Quién quiere hacerse enviar á Alejandria? — Pompeyo. Al fin vinieron á las manos unos y otros. Representaos á nuestro grave personaje con su solemne vanidad y su aire de triunfador, recibiendo de lleno en la cara tan acerados epigramas en medio de aquel tumulto, y comprenderéis cuánto debió sufrir.»

Otro asunto vino también á aumentar su mortificación. Tolomeo Auletes había venido á Roma, expulsado por los alejandrinos, contando para recobrar su corona con el apoyo de César, á quien había pagado ya, y con el de Pompeyo, que lo tenía alojado en su casa. Sintióse descender en la opinión más y más cada día, para salir de tan ingrata situación por un medio decoroso y aun brillante, deseaba Pompeyo que se le encargara la misión de restablecer al príncipe en su trono. Abrumados de impuestos por Auletes, diputaron los egipcios á Roma cien embajadores para defender su causa; pero unos fueron muertos en el camino y comprados los otros. Uno de éstos, que quiso revelarlo todo, fué también asesinado.

No por eso dejó Pompeyo de proteger á su real é indigno huésped, pero sin poder conseguir que se le designara para conducirlo á su reino é imponer su restauración. Antes bien, por un senadoconsulto se dió esta misión al gobernador de Cilicia; y á fin de que Pompeyo no buscara ningún pretexto para volver sobre esta decisión, hubo prodigios amenazadores y se hizo hablar á los libros sibilinos, que prohibieron emplear soldados romanos para esta empresa. Más adelante veremos cómo terminó este negocio verdaderamente vergonzoso desde el principio hasta el fin.

Clodio, por su parte, procuró hacer servir estos presagios á dos fines, extendiéndolos también contra Cicerón. Los dioses están ofendidos, decía, de la profanación de un terreno que estaba consagrado á una diosa. El orador contestó. Pero por una y otra parte llegaron á cansarse de una lucha hipócrita en que el cielo hacía el gasto, y se volvió á los golpes y violencias; y el mismo Cicerón, sostenido por Milón, rompió en el Capitolio las tablas de bronce en que estaban grabados los actos del tribunado de Clodio. El antiguo cónsul venía á ser también un corifeo de banda en medio de la ciudad, mereciendo por ello las severas reconvenções de

Catón, que volvía entonces de Chipre. En una de aquellas contiendas estuvo á punto de ser asesinado el célebre orador Hortensio.

Esta misión de Chipre, honrosa para Catón, que la había aceptado á su pesar y probó en ella toda su integridad, no lo era para Roma. Con pretexto de que el rey de Chipre, hermano de Auletes, había estado en connivencia con los piratas, se le ordenó bajar del trono, bien que tuviera el título de amigo del pueblo romano. En indemnización hubo de ofrecerle Catón el rico sacerdocio de la Venus de Pafos; pero el rey prefirió envenenarse, y el senado anexionó su reino, como dominio de la república, á la provincia de Cilicia.

Catón trajo 7,000 talentos (cerca de 40 millones de francos), un rico mueblaje y todos los despojos reales. Sabido es que Roma no dejaba más que las desnudas paredes, cuando entraba al pillaje en los palacios y templos. Sensible es que el nombre de Catón vaya unido al de esta expedición que se creería hecha por salteadores de caminos.

Pero era demasiado romano para que, una vez pasado el primer enojo de la injusticia que había de cometer, no hubiera formado empeño en que se aprobaran los actos de una misión que había aumentado el imperio con una provincia y el tesoro con una riqueza.

Ahora bien, Cicerón quería que se invalidaran todos los actos del tribunado de Clodio, como consumados á pesar de los auspicios, y la misión de Catón en Chipre era uno de estos actos. De aquí la frialdad ó tirantez de relaciones entre Catón y el gran orador. Atendiendo cada cual sólo á sus intereses personales y conduciéndose por sugerencias de sus odios ó amistades, parecía que ni hubiera ya partido. El verdadero dueño de Roma, el año 56, era Clodio, y quien podía saber lo que Clodio quería? En cuanto á Pompeyo, amenazado por él y atacado por Catón, no sabía ya qué hacer ni qué decir: hasta tenía miedo de que lo asesinaran; no se atrevía á arriesgarse por las calles de Roma, ni siquiera iba al senado, como no celebrara sus sesiones cerca de su casa.

«Se atenta contra mi vida, decía á Cicerón; Craso apoya á Catón, que maquina procesos contra mis amigos; se suministra dinero á Clodio, y se excita contra mí á Bíbulo, Curión y otros. Para no perecer, es preciso que provea á mi seguridad, abandonado como estoy de ese pueblo que sólo oye á los lenguaraces, de una nobleza enemiga, de un senado injusto y de una juventud corrompida. Así, voy á llamar á mí á la gente del campo.»

Y añade Cicerón:

«Clodio prepara su turba, pero hasta el presente, nosotros tenemos la ventaja del número y esperamos refuerzos del Piceno y de la Cisalpina. Cuando vengan los proyectos de ley contra Milón y Léntulo, entonces tendremos bastante fuerza» (1).

Con esto, verdaderas batallas reemplazaban las discusiones legislativas, y el orador latino tan feliz siempre en la tribuna, se prometía maravillas, no ya de su elocuencia, sino de la fuerza de su turba: la votación era de aquellos que tenían mejores puños; de modo que se ve bien lo que hacía la violencia, pero no donde estaba la libertad. ¡Cuán bellas son estas palabras de Cicerón! *Legum omnes servi sumus, ut liberi esse possimus*. Pero todos querían ser dueños de la ley y nadie súbdito de ella.

Otra cosa se deduce claramente del conjunto de hechos que acabamos de apuntar, y es la creciente impopularidad de Pompeyo, así para con el senado como para con el pue-

(1) Cic. *ad Quintum*, II, 3.

blo: por consiguiente la necesidad, para él, de acercarse al omnipotente conquistador de las Galias y la obligación de aceptar sus condiciones, cualesquiera que fueran, á cambio de su concurso y apoyo.

Tal es el secreto de la conferencia de Luca y la explicación de los acontecimientos del año 55, en que se decidió la suerte de Roma.

II. — CONFERENCIA DE LUCA (56)

PRORROGACIÓN DE LOS PODERES DE CÉSAR (55).

Mientras la capital del mundo romano estaba entregada á miserables intrigas, seguía César su gloriosa carrera. Parecía enteramente ocupado en domar á los belgas, á los suevos, á los bretones, y sin abandonar sus provincias, estaba presente en Roma. El oro, la plata, los despojos conquistados iban allá y allá se repartían entre los ediles, los pretores, los cónsules y sus mujeres.

Pero esta gloria de César, esta conquista de Roma, que se hacía al mismo tiempo que la conquista de la Galia, era para la nobleza una nueva causa de irritación, y la malquerencia aumentaba contra aquel victorioso, que se hubiera querido ver vencido y hasta muerto. Las tertulias se mezclaban en estas cosas, porque las mujeres desempeñaban entonces un papel muy importante en la sociedad romana. Cada una de las llamadas elegantes reunía á su alrededor una corte, que sólo se ocupaba en agradarla. Daba fiestas de que toda Roma hablaba y se iba con sus adoradores á lo largo de aquellas encantadas márgenes de Bayas y Puzolo, á hacer de la noche día, ó á pasear su indolencia sobre las dormidas ondas, al son de la música y el canto y al olor de las aromadas flores (2). Las aventuras amorosas eran innumerables y ruidosas y la licencia de las palabras igualaba á la de las costumbres. César había subido demasiado en alas de la victoria para que algunos hombres ligeros no encontraran entre dos copas de sobremesa algún chiste de maledicencia bien acerado contra aquel libertino de otro tiempo, cuyos rudos trabajos eran un reproche á su frivolidad. El poeta más famoso de la época, del que bien á pesar suyo se ha hecho un republicano, llevaba á estas cenas mordaces epigramas. «Temblad, Galias y Bretaña, que acariciáis á ese perverso; porque os devorará (3).» Eran las menores injurias que pueden citarse. Y las damas aplaudían tales invectivas contra el hombre que les arrebatava para la guerra á los que hubieran querido ellas retener para sus placeres. No era más respetado Pompeyo. «¿Para esto, *imperator* único, para esto, suegro y yerno, lo habéis trastornado todo (4)?»

Suetonio ha conservado el recuerdo de los famosos epigramas de otro poeta, Licinio Calvo, contra los dos triunviros (5); y estos versos, copiados por unos, recitados por

(2) Cic. *pro Calio*, 15. *Libidines, amores, adulteria, Baias, actas, convivias, comissationes, cantus, symphonias, navigia*. Este discurso es del mismo año que las conferencias de Luca (56).

(3) Cátulo, XXIX. El epigrama LVII no puede traducirse.

(4) *Ibid.* *Imperator unice... socer generque, perdidistis omnia*. Epigrama escrito el invierno del 55 al 54. El epigrama CXIII es también un ataque á César y á Pompeyo. Cátulo había recogido de los libelos de Bíbulo y de las cartas de Cicerón las calumnias á propósito de César y Nicomedes. Por lo demás esta hostilidad del poeta no duró más que algunos meses y César no le guardó rencor por ello. El padre de Cátulo era su huésped ordinario en Verona. El mismo Cicerón dice lo que hay que pensar de estas calumnias que se dirigían entonces á todos los que se hacían notables: *Sunt etenim ista maledicta pervolgata in omnis, quarum in adolescentia forma et species fuit liberalis* (*Pro Calio*, 3).

(5) Después habiendo querido Licinio reconciliarse con César, este que lo supo, le escribió ofreciéndole su mano de amigo; y cuando Cá-

otros con injuriosos comentarios, corrían de mano en mano entre la nobleza. Las personas de ingenio suelen juzgar por las pequeñeces; el pueblo que siente simplemente, recibe sin resistencia la viva impresión de las grandes cosas: estaba orgulloso de aquellas victorias galas que borraban la mayor humillación de Roma y llevaban su nombre tan lejos y tan alto (1). César tenía buen cuidado de que se conocieran sin demora en la ciudad, y un servicio de correos, perfectamente organizado, traía rápidamente á Roma la narración de sus batallas (2), y los boletines del grande ejército eran una gloriosa respuesta á los injuriosos versos, de que se servían entonces los supuestos republicanos para matar la popularidad del procónsul, hasta que pudieran matarlo á él mismo.

Por de pronto se ocupaban en los medios de quitarle su ejército y sus provincias. El senado designaba con diez y ocho meses de anticipación las provincias proconsulares, y el quinquenio de César que comenzó el 58 debía acabar el 54. Era ocasión de preguntar quién había de reemplazarlo (3). Domicio Ahenobarbo, antiguo enemigo suyo, que pretendía el consulado para el año 55, decía en alta voz que él iría, al cesar en sus funciones, y por consiguiente el 54, á mandar el ejército de las Galias.

Un tribuno había combatido la ley Julia sobre las tierras, y en la curia fué muy tempestuosa la sesión. Cicerón se había empeñado en el asunto; él y la nobleza creían llegado el momento de acabar con César y hasta con Pompeyo. El uno estaba amenazado en su mando por el nombramiento de un sucesor, y en su popularidad por la revocación de sus leyes; el otro, escarnecido por el pueblo y rechazado por los nobles como un tráfuga, volvía á encontrarse en la situación que la suspicacia del senado le creara cinco años atrás, á su vuelta de Asia, cuando César hubo de salvarle el honor haciendo que se ratificaran los actos de su generalato. Finalmente si los Padres Conscriptos no tenían ejército, tenían la turba de gladiadores de Milón (4) que se aumentaba cada día, y esto bastaba para hacer pasar inopinadamente cualquier proposición enojosa. Era pues tiempo oportuno de obrar. Pero César preparó una brillante manifestación de su crédito por medio de un convenio secreto que asegurara su duración.

Acababa en Luca su invernada cuando se supo en Roma que Craso y Pompeyo lo habían visitado allí, que doscientos senadores le hacían la corte con tal número de personajes de cuenta que se habían visto en su puerta hasta ciento veinte fasces de pretores y procónsules. Júpiter tonante lanzando el rayo desde un cielo sereno hubiera espantado mucho menos que semejante noticia. Muy luego se produjeron defecciones entre los senadores que habían

tulo se excusó por sus versos, el mismo día lo tuvo á su mesa (Suet. *Jul. Ces.* 73).

(1) «Después de las brillantes victorias de César, toda oposición que se le haga es contraria al sentimiento general, y unánimemente condenada: *vehementer recusare*» (Cic. *ad Fam.* I, 9).

(2) Dos cartas de César á Cicerón llegaron de Breñaña en 28 y 26 días.

(3) Desde la ley *Senptonia*, las provincias consulares se designaban por el senado antes de la elección de los cónsules, que se hacía el 1.º de julio, y los elegidos no ejercían hasta 1.º de enero siguiente. La designación debía pues hacerse más de 18 meses antes que el procónsul en ejercicio cesara en sus funciones. Si Cicerón (*Provinciis consularibus*) combate la proposición de disponer de las provincias de César, si Domicio declara que después de su consulado del 55 tomará el gobierno de las Galias, era porque los poderes de César no expiraban hasta el 54.

(4) Cic. *ad Quintum*, II, 6. Véase cómo Milón compra por medio de un testafiero los gladiadores que C. Catón no podía mantener.

quedado en Roma, siendo la más notable la del célebre orador.

En abril del 56 hablaba aún contra los triunviros con tanta pasión como Domicio, y ponía al grotesco Bíbulo por encima de todos los conquistadores del mundo. Espantado por este triunfo inesperado, que atestiguaba la fuerza de César en Roma y hasta en el senado, se inclinó á este lado avergonzándose de su poco valor, pero reconociéndolo sin rodeos. «Sí, es una palinodia, escribe á Atico; ¡adiós la rectitud, la verdad y las buenas máximas! Pero ¿quién había de imaginar la perfidia de nuestros supuestos jefes? Me han puesto por delante y después me han abandonado é impelido al precipicio.» Y citando y todo á Platón, se decía que había hecho bastante por la república; que era ya tiempo de pensar en su reposo y seguridad. «Es preciso acabar; puesto que los que no pueden nada me niegan su amistad, yo buscaré amigos entre los que pueden mucho.» Y vino á ser más blando «que el extremo de la oreja (5).»

Un tribuno, C. Catón, hacía al parecer las más violentas rogaciones contra César; Cicerón las calificó de detestables y hasta monstruosas; y no perdió ya ocasión de alabar al procónsul de las Galias, declarando que en vez de llamarlo, se le debía obligar á permanecer en su gobierno, si quería dejarlo antes de dar digno término á sus gloriosos trabajos. Cierto que en su correspondencia manifestaba Cicerón muy distintos sentimientos; contradicción que puede servir para apreciar su carácter; pero esto atañe á sus biógrafos: su adhesión pública, que debió arrastrar á muchos otros, importa únicamente al historiador, porque explica la verdadera impotencia de los republicanos.

Sin embargo, cuando Pompeyo volvió de Luca á Roma hubo en el senado violentas discusiones; mientras unos persistían en proponer la vuelta de César, otros pidieron para él el derecho de elegir diez tenientes y sacar del tesoro público lo necesario para pagar las seis legiones que había añadido á las cuatro primitivamente comprendidas en su gobierno.

Cicerón combatió la primera moción y apoyó la segunda y no se tuvo valor para disentir de su opinión. ¿Se había creído, en la ignorancia en que se estaba aun del convenio de Luca, que por esta concesión se ganaría á los amigos de César, cuyo apoyo haría fracasar la pretensión de un nuevo consulado para Craso y Pompeyo? Es posible; á lo menos la mayoría del senado se revolvió al punto contra los dos triunviros y decretó un luto nacional que sólo se usaba en las calamidades públicas.

Precedidos del cónsul Marcelino y vestidos como en día de funerales (6), bajaron los senadores al foro con la esperanza de hacer impresión simpática en el ánimo del pueblo y obtener de él alguna resolución favorable. No era el luto de la república y de la libertad el que llevaban, sino el de una oligarquía que sentía próxima su muerte. Así, cuando avanzó la *theoria* fúnebre, cuando se vieron aquellas frentes, antes tan altivas, tan humildes ahora, y aquellos ojos lacrimosos, y aquellas manos implacables, tendidas ya en súplica á la multitud, la multitud contestó á la expresión teatral de aquel dolor egoísta con gritos de cólera y sarcasmo.

A pesar de la orden del senado, Pompeyo conservó su toga senatorial y vituperó en términos enérgicos aquel paso

(5) *Ita et esse et fore auricula infima scito molliorem* (ad *Quintum*, II, 13).

(6) Dion dice más lejos (XL, 46) que este luto consistía en despojarse de la toga senatorial y vestir el traje de los caballeros, es decir en parecer degradados de una clase.

sedicioso. A sus palabras, añadió Clodio sarcasmos é inyectivas, y los senadores, ya inquietos, volvieron precipitadamente al lugar de sus sesiones; mas como Clodio estuvo á punto de ser asesinado en el tumulto, quiso el pueblo incendiar la curia con todos los que estaban dentro.

No habiendo producido el efecto apetecido la escena patética del duelo, puso en juego el senado su autoridad y preparó un decreto cuyo tenor no conocemos, pero que sin ninguna duda estaba destinado á darle la ventaja en esta lucha contra Pompeyo. Buen número de senadores, afectos ó vendidos á los triunviros, se opusieron al decreto y entonces Marcelino preguntó directamente á los consocios de César:

— ¿Queréis el consulado los dos?

— Tal vez sí; tal vez no, contestaron.

Todos comprendieron; y reconociendo entonces el senado su impotencia para luchar más tiempo contra ellos, cesó en sus funciones. «No se pudo reunir, dice un antiguo historiador, el número de miembros exigidos por la ley (1) para que se diera un senadoconsulto sobre la elección de los magistrados, y terminó el año sin que el senado dejara el luto: no asistió á los juegos públicos, ni al banquete del Capitolio celebrado en honor de Júpiter, ni á las ferias latinas del monte Albano. Como si estuviera reducido á servidumbre, no se ocupó en ningún negocio público (2).» Hasta la justicia quedó suspendida.

Las elecciones consulares no se hicieron en la época acostumbrada; de manera que fué menester nombrar cada cinco días un interrey, cuya principal función era la celebración de los comicios, cuando fuera posible reunirlos. El presidente de estas asambleas tenía una gran influencia sobre la elección, porque encargado de presentar al pueblo la lista de los candidatos, tenía el derecho de excluir los nombres que no le convenían.

Craso y Pompeyo esperaron que viniera el turno de un senador con quien pudieran contar y entonces se pusieron en sus filas. Uno solo de los candidatos se atrevió á presentarse, Domicio Ahenobarbo, cuñado de Catón. Pero el día de la votación, cuando se dirigía al foro, muy temprano, rodeado de muchos clientes, una turba de sicarios cayó sobre él, que apenas tuvo tiempo de huir, con Catón, herido: el esclavo que le precedía fué la primera víctima.

Los triunviros fueron elegidos y todos los cargos se dieron á sus adeptos, sin dejar que Catón obtuviera la pretura. Para la edilidad, se dió en el Campo de Marte una verdadera batalla en que hubo muertos y heridos. Con esto, la toga de Pompeyo hubo de mancharse de sangre, y al ver Julia la ensangrentada toga creyó á su marido muerto y cayó desvanecida. La emoción y la caída determinaron un aborto y desde entonces comenzó á desmejorar. Al cabo de un año murió, al dar á luz un hijo que tampoco vivió, y César, que habría dominado á Pompeyo con dobles lazos como padre de su mujer y abuelo de su hijo, vino á ser ya para él un extraño. Dentro de algunos años, será un adversario y después un enemigo. Esta desgracia de familia debía traer muchos males públicos.

Los triunviros habían tomado el consulado para tomar otra cosa. El tribuno Trebonio presentó una rogación que daba á Pompeyo España y Africa (3), y á Craso, la Siria y

(1) Probablemente cien á lo menos. Fué el número exigido para el senadoconsulto sobre las Bacanales.

(2) Dion, XXXIX, 29 y 30. *Curia taciturnitatem annuam... silentium perpetuum judiciorum ac fori* (Cic. *in Pisonem*, 14).

(3) Apiano, *Bell. civ.* II, 18, y Plutarco, *Pomp.* 52. El Africa continuó regida por gobernadores particulares, pero bajo la autoridad superior de Pompeyo, que para su intendencia de viveres tenía necesidad de mandar en la provincia considerada como el granero de Roma.

las comarcas vecinas por cinco años, con el derecho de alistar los soldados necesarios. El plebiscito no pasó sin violencia; Catón fué otra vez arrancado de la tribuna y reducido á prisión. El partido senatorial había conseguido hacer llegar al tribunal á dos hombres consagrados á su servicio, y uno de ellos, Galba, para aparecer de improviso y oponer su veto en el momento oportuno, se ocultó la noche anterior en la curia Hostilia inmediata al Foro. Trebonio que lo supo, lo encerró bien en ella y lo retuvo allí todo el día; el otro, llamado Ateyo, no pudiendo llegar á los *Rostros*, se elevó en hombros de sus clientes y gritó diciendo que Júpiter tronaba, y se le contestó con golpes, originándose un tumulto de que salieron herido él y muchos ciudadanos muertos. Después de esto, declaró Trebonio con mucho sosiego que el pueblo aceptaba la ley (5).

César había ejecutado fielmente el convenio ajustado en Luca: numerosos soldados de las legiones galas enviados á Roma con el joven Craso, precedido de gloriosa reputación, habían asegurado con su voto el éxito de las elecciones consulares y el autor del plebiscito *Trebonio* era uno de sus agentes.

A Craso y Pompeyo tocaba ahora cumplir su palabra. El día siguiente al de la votación del plebiscito, los dos cónsules hicieron pasar una ley Licinia-Pompeya que prorrogaba el proconsulado de César. ¿Por cuántos años? Por cinco, según Cicerón, Tito Livio, Veleyo Patérculo. Suetonio, Plutarco, Apiano y César, por tres según Dion. La razón, de acuerdo con los textos más antiguos, dice que esta prórroga debió ser igual en duración á los poderes proconsulares que Craso y Pompeyo acababan de obtener y que César no podía consentir en dejar á sus rivales, como hubiera sucedido en la hipótesis de Dion, en posesión de los ejércitos, de las provincias y del tesoro, mientras él no sería ya más que un simple ciudadano (4).

Pompeyo que debía á César el haberle allanado el camino para una situación tan ventajosa, no podía faltarle tan pronto á la palabra. El proconsulado de César fué, pues, prorrogado por cinco años, como afirman los escritores más autorizados. Tuvo el derecho de elegir diez tenientes y tomar, como Pompeyo, del tesoro público la paga de sus legiones, en vez de pagarlas con el botín de guerra, lo que dejaba en sus manos inmensos recursos. Finalmente, estábale prometido el segundo consulado para el año 48 y una ley posterior lo autorizó á solicitarlo ausente. La triarquía, ó el gobierno de tres, estaba pues reconstituido.

Esta vez Craso y Pompeyo creían haber establecido la igualdad entre ellos y su colega: tenían otras tantas provincias y podían tener el mismo número de legiones que el procónsul de las Galias; y todavía tenían sobre él la ventaja de estar en posesión del consulado, y Pompeyo conservaba la intendencia de los viveres, que le permitía permanecer en el centro del gobierno: eran, pues, dos ventajas.

Pero meditando una guerra contra los partos, que le valiese la fama y las riquezas que César había encontrado en la Galia, Craso confiaba demasiado en sus fuerzas; y tomando Pompeyo el gobierno de España y Africa, provincias ya pacíficas salvo algunas revueltas parciales, no encontrará para sus legiones ni gloria ni botín, y el derecho que retiene de permanecer en Roma causará al fin su perdición. En el momento decisivo, la Galia y los cesaristas

(4) Cicerón (*ad Att.* VII, 7) habla de un *imperium* de diez años, *annorum decem*, añadiendo este arranque de mal humor: que el tal proconsulado no era más legal que su destierro ni mejor que la fortuna de Labieno.